

Alberto Cedrón, un expresionista criollo

Todo hombre y en especial un artista es conciente que mientras su obra crece en tamaño y hondura, su tiempo cronológico su tiempo físico se desvanece irremediable, a pesar de la obsesiva esperanza que acicatea al ser hasta el final de sus días. Quizás en el fondo, en los recovecos más tenebrosos del alma, el hombre siempre aliente una semilla de divinidad trascendente y esta semilla en el caso del artista es su propia obra.

Sabemos que Alberto Cedrón nunca fue amigo de biografías lineales o currículum solemnes, que jamás presentó en ningún lado. Su auténtica biografía fue una vida abierta y plena. Su vitalidad torrencial constituyó su obra plástica que como un péndulo casi imperceptible giró desde el dibujo a la pintura pasando por sus técnicas mixtas.



Tapa del disco "Fábulas de Juan Gelman", 1971 por Alberto Cedrón

Alberto Cedrón nació en la ciudad de Buenos Aires, en el año de 1937, con los coletazos intransferibles de los años treinta, con huelgas y conventillos y en una Avenida de Mayo tan Ibérica y castiza, donde retumban los estertores de la cruenta Guerra Civil Española del 36. Los tiempos tormentosos son coincidentes con su obra.

Alberto Cedrón despoja al hombre de todo ropaje ficticio, de todo alambique engominado, de toda estatura social, sus figuras, sus personajes son enfrentados a su propia intemperie a una cruda existencia. Por tal motivo considero a Cedrón, un auténtico expresionista «Criollo», más que encolumnarlo con cierta liviandad dentro de la Nueva Figuración de Argentina, al estilo de Luis F. Noé o Jorge de la Vega. Sus temas están consustanciados tanto con lo urbano, como con lo orillero. A Cedrón le agradan las contiendas retorcidas de campañas y fronteras, donde el maestro sabe misturar los espolones de algún Coronel retirado, con la dueña gorda del burdel en decadencia. O al tirano que siempre manejó las situaciones como patrón de estancia.

En sus múltiples obras «Sin título» Cedrón renuncia a la festividad que brinda el color, allí busca la austeridad del blanco y negro, que en alguna ocasión es acariciado por las levedades de la acuarela o por algún caprichoso collage. Cedrón es ferviente de una estética sin piedad, sabemos bien que el desgarramiento humano no tiene patria ni cielos particulares. Y que la risa como el llanto, van por barrios. Así vemos como se parece su obra a la de Otto Dix y de cómo tanto la ira como los broncos sentimientos se pronuncian en ambas márgenes del Atlántico.

Hay en Cedrón un coqueteo con lo feo. O con la verdad exagerada, es como la sublimación del hacedor, que hace rato renunció a una belleza epidérmica y vacua, a esa pintura que Noé definió como «Rosa bombón» y que el crítico inglés Herbert Reed, la nombro, como una «estética de lo feo», y esto se ve con solidez desde la obra de Eduard Munch a todo el expresionismo alemán de entreguerras. Más nuestro Cedrón es un criollo de mate en mano, que necesita llegar al hueso de lo humano.

Fue también un eterno viajero que siempre estaba volviendo a sus pagos, a su barrio de la Boca, al riachuelo y a los amigos. Los trazos de Cedrón rasgan el lienzo como los gritos de un bandoneón herido y que quiebra el aire por donde fluye.

Su obra roza con el Grotesco Porteño, con ciertas obras de Griselda Gámbaro, allí se nos aparecen figuras absurdas en ámbitos sombríos del arrabal. Son seres empujados ante espejos elocuentes como para que tomen conciencia de una metamorfosis posible, pero que ellos no están capacitados en asumir. Estos personajes son así, son esto que vemos, a mitad de camino entre lo humano y lo bestial.

Este viajero inquieto y expresionista de mate en mano, ilustró a autores como Juan Gelman y Julio Cortazar, quienes además fueron sus amigos. Del poeta Juan Gelman ilustra la tapa del disco Fábulas, Gelman/Cedrón, del año 1971.

Fue un autor independiente que miró de soslayo los movimientos e ismos que se producían en el corredor artístico que va desde París a Nueva York.

En el año de 1965 expone en la Galería Rubio de Buenos Aires, local que luego sería la sede de la SAAP, Sociedad Argentina de Artistas Plásticos. Miguel Briante, lo bautizó «el brujo que pinta». En una oportunidad Cedrón dio una bella definición de su oficio: «Cuando sos chico no te das cuenta, te piden que dibujes un caballo, y vas agarras un carbón, y lo haces. Te crees que eso es un caballo, pero después tomás conciencia de que eso no es un caballo, que nada de eso existe. Hasta que te avivás pasa mucho tiempo, porque la verdad es que el dibujo es tan sólo un soporte para que aterrice el alma».

Alberto Cedrón murió en marzo del 2007 en la ciudad de Buenos Aires. Y es muy posible que todavía algún frasco olvidado de tinta renegrada, como las trenzas de algunas de sus chinas criollas, este al acecho para hacer alguna travesura inquietante.

Colaboración de **Francisco Hernández**

creartefh@hotmail.com